



"Solos... No. Mis siete libros son mis siete hijos".



"No busqué ser poeta. Vino de lo alto. De Dios, pienso".

LA POETISA ATREVIDA Y DESCALZA DE PABLO NERUDA

No sólo le gusta decir que es provinciana. Agrega como si estuviera revelando una virtud que pocos tienen: "soy campesina, soy silvestre".

"La naturaleza —explica dejando que las campanas de su poesía se lancen al vuelo— es como la placenta que me nutre, la savia que me alimenta, el cordón umbilical que me da forma como mujer y como escritora".

Menuda, de ojos soñadores, poco maquillaje y pelo corto sin coquetería, Delia Domínguez mantiene su casa en Santiago, en la comuna de Providencia, como un remedo del viejo Osorno en que nació. Ruedas, espuelas, tejidos artesanales, cada objeto le recuerda que en la ciudad está de paso, por necesidad "de no desvincularse del mundo"... "pero esto no es lo mío, aquí 'no me hallo', como decimos en el sur".

Aquí, cerca del smog, de las carreras de la gente con mirada adusta, de los esquives a los autos, vive sólo de marzo a noviembre. Los otros tres meses, como el asfixiado que se lleva la mascarilla de oxígeno a la nariz, corre a meterse entre los bosques del sur, hablando con los pájaros, con los niños campesinos, con el viento... "Me aturden el tráfico, las calles llenas, las bocinas, los gritos. Me siento alienada, desesperada en las tiendas, en los supermercados".

"ATREVIDA Y DESCALZA"

Le gusta ser poeta chilena, integrada a una estirpe de escritores alados: "Fijese que son del sur la mayoría, excepto, claro, Gabriela. Pero el resto, Pablo Neruda, Juvenio Valle, Jorge Teillier, Scarpa... Todos del sur, hijos de los vientos, del follaje siempre cambiante, de la gotita de rocío y de los cuarenta días y cuarenta noches en que llueve, llueve, como en la Biblia, sin parar".

De Neruda, fue amiga. Y le gusta sacar de entre sus cachivaches sureños, junto a una rueda y cerca de una cerámica, una "botella tonta", de colores, oblonga, que no hay manera de mantener de pie porque no tiene base, y que se la regaló... "me la regaló Pablo, un gran amigo, curioso, preguntón, que se entretenía 'armando' matrimonios, copuchento, al que le gustaba saber quién andaba con quién y quién había dejado a quién...".

¿Y a usted, que no se casó, no trató Neruda de armarle pareja? "Seguro. Pero lo abandonó porque no soy mujer sola, ni mujer aburrida, ni mujer amargada. Soy una mujer con siete hijos, mis siete libros publicados. Una mujer con padre, madre y marido, aunque los dos primeros hayan muerto y el último nunca haya sido. Todo está parz nil en la

Delia Domínguez, tercera poeta con faldas que ingresa a la Academia de la Lengua, después que esta institución "abrió sus puertas al mujerío", vive rodeada de sus personajes del sur chileno: la florista analfabeta, el inocente del pueblo, los pájaros, las bandurrias, las hojas suaves del avellano...

Por Lucía Angell.

naturaleza, frente a la cual puedo quedarme, en silencio, encantada, dando gracias".

"El sol mira para atrás" es el libro de poemas que prologó Neruda a... "mi amiga silvestre criada entre los avellanos y los helechos antárticos... La poesía de Delia Domínguez, osornina de los bosques de Osorno, es atrevida y descalza...".

Con tinta verde, en uno de los ejemplares, junto a una hoja dibujada, se lee también, manuscrito: "a Delia y hasta el sur, Pablo Neruda, 1973". La poetisa lo muestra y comenta: "y fíjese, no lo vi más. No fue 'hasta el sur', fue hasta la eternidad".

A la divina Gabriela no la conoció. Pero se siente muy cerca de ella por razones ocultas, inexplicables. "A las dos se nos cruzó la muerte por el camino".

A ella, la de una madre muerta "apenas a los 27 años, cuando yo no cumplía los cinco". Y la del novio, en plena juventud...

Soledad y sufrimiento son palabras que Delia Domínguez usa a menudo. Pero no tienen para ella el sentido habitual. Ni estar sola es estar vacía, si no al revés, llena, pensando mucho, sintiendo mucho... "sola entre los bosques es estar frente a Dios porque soy pan-teísta y pienso que Él está en todas las cosas".

Para el sufrimiento tiene a mano una cita de Oscar Wilde: "Donde está el dolor es un lugar sagrado". "Y sufriendo, a lo mejor, a una le llega algo de Dios".

Le gusta contar que nació en "tierra de leones", Tacamó en lenguaje huilliche, cerca de Osorno. Que allí pasó la infancia junto a un abuelo huaso y a un padre viudo, juez del crimen, al que vela

■■■



En su verdadero mundo: la naturaleza del sur chileno.



La vieja casa, de ochenta años, confeccionada en resistentes tejuelos de alerce.



■ ■ ■

muy poco. Creció aprendiendo a lacear caballos, a montarlos, a ordeñar vacas, a conversar largamente en los atardeceres esos cuentos desbordados de imaginación de los niños campesinos.

A los nueve años le brotó un primer poema, "a la uva", una fruta que ella no conocía entre las siembras y cosechas del sur. "Sólo la había visto en dibujos..."

Mandó su escrito a un concurso de la revista Margarita y ganó el primer premio. "Pensé: quiere decir que sirvo para esto. Y no he dejado nunca más de escribir".

Escribir, por ejemplo, en el tono de su amigo Neruda... "Voy a decir aquí/ que tengo tos de perro/ para que alguien busque/ flores pectorales/ y prepare un té caliente, con malicia/ y me emocione hasta los huesos..."

Ese verso y muchos otros la presentaron, hace apenas unas semanas, cuando fue integrada a la Academia de la Lengua. "Es un premio maravilloso —dice— que no se busca, pero que explica tantas noches de vela, tanto pensar, tanto escribir, tanto soñar..."

Tanto querer a su tierra. Aunque el día de la ceremonia llovía en el sur, todo el pueblo salió a saludarla, regalándole el perfume de tantos canastillos de copihues, el calor de tantas manos de huasos, la sonrisa de tanta mujer de campo... "Me sentí profeta en mi tierra".

LA ANA TORRES Y EL LUCHO PEREZ

Fue un reconocimiento a muchas cosas. A ir, por ejemplo, captando el mundo de otra manera, a la manera de los poetas. En el caso de Delia Domínguez, ir aprisionando, no sólo la "naturaleza, placenta silenciosa y vegetal", sino también los seres, pequeños y grandes seres del sur. Son sus personajes...

Tantos. Por ejemplo, la Ana Torres ("Ana en la esquina del viento", le puso ella), una florista eterna, silenciosa, siempre vendiendo su mercancía a merced de las inclemencias del clima sureño. Cuando la Ana se hizo personaje publicado en un artículo de la revista Paula, las autoridades le regalaron un quiosco.

Pero la Ana, analfabeta, bella en su autenticidad, no pudo acostumbrarse. "Le regaló el quiosco a la comadre Blanca y siguió como antes, con sus flores bajo el viento, la lluvia y el sol".

"Ah, y también está el Lucho Pérez, el inocente del pueblo que sigue siendo el mismo niño que yo conocí hace 30 años. Un niño viejo que recorre los caminos y la ciudad como un fantasma, durmiendo en los galpones... Y que, de pronto, tuvo una rebeldía inaudita. Como su padre lo golpeaba mucho, cuando murió, se cambió el nombre. Se puso José Luis Corales".

Cuando Delia va a Osorno, tarda tres horas en llegar a su casa de Tacamó, de tejuelas de alerce conservadas durante ochenta años. "Me demora porque voy haciendo aros en el camino: en la ferretería, en la rotisería, en el almacén, en la feria. No hay nadie a quien no conozca y saludo hasta a las piedras".

Saluda hasta a los perros (el suyo se llama Pito) y los caballos, y los gamos de asta paleta, y los avellanos y las bandurrias, "esos gansos salvajes que pasan graznando como si llevaran una corneta en la garganta".

UNA PASAJERA EN SANTIAGO

Delia recuerda al Osorno de sus

abuelos (los maternos Mohr llegaron en velero desde Hamburgo, en los viajes de colonos que organizó Pérez Rosales) como un pueblo del medio oeste norteamericano: "coches con caballos, victorias, muy pocos autos en los años cuarenta. Pueblo de huasos, de rodeos, de ferias en que se transaban caballos corraleros y ganado fino. Rivalidades por títulos de tierras que se resolvían a balazos de una calle a otra. Viajes que eran verdaderas aventuras en coches de posta a Puerto Octay. Expectación cuando llegaba el "flecha del sur" a la estación con los diarios, tres días atrasados".

Un mundo que se fue y del que sólo queda, rodeándolo, la misma naturaleza de campos de trébol y árboles de avellano que ama la poetisa. "Que amo y sin la cual no podría vivir. Regreso a Santiago, cada año, al terminar marzo, como una pasajera en tránsito, constantemente aturdida aquí por el ruido, el apuro, las motivaciones distintas de las gentes".

Pero regresa. "Porque para escribir, necesito el contacto con mis pares, el intercambio de ideas, de opiniones, la vida cultural que se da aquí. Es la exigencia de mi oficio porque, al fin, ... yo no busqué ser poeta, pero lo soy. Vino de lo alto. De Dios, pienso".

No tiene mérito ser ingeniosa cuando no se tiene respeto por nada.
J. P. Eckermann